

LA CARTA DE AMOR CON FECHA DE MAÑANA

ALGUNAS CARTAS VIAJAN EN EL TIEMPO
PARA ENCONTRAR EL CORAZÓN CORRECTO.

*Para ti
Fecha de entrega:
Mañana*

VIAGAJA
31 MAY 2018
MANANA

PEQUEÑAS HISTORIAS.
EFECTOS DURADEROS.



LA CASA DEL ESCRIBA
INSTANTES NARRATIVOS

GUILLERMO ISAZA FISCO

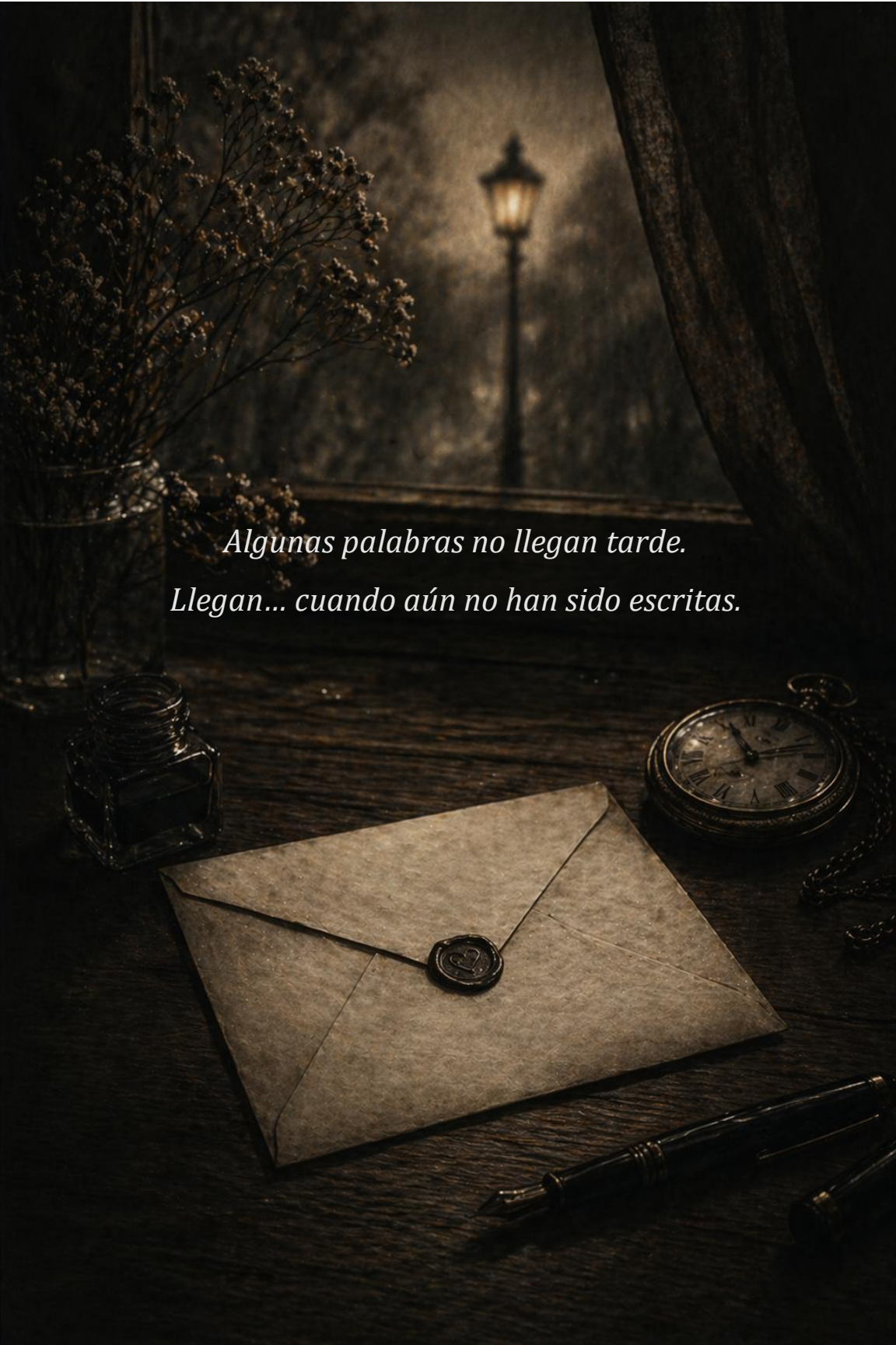


Si este universo
te acompaña,
puedes impulsarlo
con un aporte sencillo

Haz clic aquí para apoyar este proyecto ➤

Tu aporte ayuda a que nuevos cuentos,
relatos y audiocuentos sigan creciendo.





*Algunas palabras no llegan tarde.
Llegan... cuando aún no han sido escritas.*

París, finales de otoño...

El Café de Flore conservaba esa rara capacidad de hacer que el tiempo pareciera demorarse unos minutos más de lo permitido.

En una mesa cercana, un hombre de barba gris corregía páginas con una pluma fuente como si la tinta aún fuese un asunto moral. Dos jóvenes discutían con intensidad innecesaria sobre pintura abstracta y política, mientras una mujer elegantemente vestida leía a Proust con una concentración casi hostil. Un camarero veterano, de movimientos exactos y expresión inescrutable, atravesaba el salón con la precisión de quien había servido cafés a generaciones enteras de amantes, impostores, poetas y fracasados. Afuera, París respiraba bajo una llovizna tenue. Dentro, todo parecía suspendido.

Ella dejó la taza sobre el platillo.

—Tienes cara de haber venido a contarme algo.

Él sonrió apenas. No era una sonrisa alegre. Era la de alguien que había convivido demasiado tiempo con un recuerdo.

—Tal vez.

Camille inclinó levemente la cabeza.

—Eso significa sí.

Se acomodó en la silla mientras afuera un automóvil dejaba un reflejo líquido sobre los adoquines mojados del boulevard.

—Habla.

Él guardó silencio unos segundos. Observó el reflejo difuso de la calle en la ventana empañada, como si necesitara encontrar las palabras en algún punto más allá del vidrio.

Finalmente habló.

—¿Alguna vez has visto a alguien que no debería seguir existiendo?

Ella soltó una risa corta, casi automática.

—Qué manera tan amable de iniciar una conversación.

Pero él no sonrió esta vez.

—Lo pregunto en serio.

La mujer lo estudió con más atención. Había algo distinto en él aquella noche. Algo apagado y extraño, como si parte de su mente continuara atrapada en otro lugar.

—No —respondió finalmente.

El silencio se instaló entre ambos. No incómodo. Denso. El camarero pasó cerca de la mesa dejando discretamente una nueva taza. Ninguno de los dos lo

miró. Afuera, la lluvia parecía haberse vuelto más fina, casi inmóvil bajo las luces amarillas de la avenida.

Entonces él habló nuevamente, pero su voz había cambiado. Más baja. Más lenta. Más antigua.

—Yo sí.

Ella dejó de bromear. —¿Un fantasma?

Él negó suavemente. —No.

—Eso habría sido más fácil de aceptar.

Sus dedos rodearon lentamente la taza caliente.

—La vi por primera vez cuando era joven. Clara era su nombre. Tendría poco más de veinticinco años. A esa edad, uno todavía cree que el tiempo es una materia obediente. Que las personas envejecen. Que los recuerdos se desgastan.

Sonrió con una melancolía apenas visible.

—Era una mañana fría. Yo caminaba por una calle estrecha no lejos de aquí cuando la vi detenerse bajo un balcón de hierro ennegrecido.

Ella permaneció inmóvil escuchándolo. —¿Y?

Él tardó en responder. —No sé explicarlo... pero había algo extraño en ella.

—¿Qué?

—La quietud.

Ella frunció levemente el ceño. —Eso no significa nada.

—Lo sé.

Miró fijamente su taza durante unos segundos, como si incluso ahora le costara aceptar el recuerdo.

—Hasta que la volví a ver.

La mujer dejó lentamente la cucharilla sobre el platillo.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

Ella quedó inmóvil.

—Eso serían... ¿cuarenta años?

—Cuarenta y dos.

El murmullo del café pareció alejarse. Afuera, alguien cruzó la avenida apresuradamente bajo un paraguas negro. Dentro, el aire se volvió más denso.

—No puede ser.

Él alzó lentamente la mirada.

—Llevaba el mismo abrigo.

Ella intentó sonreír, pero no lo logró.

—Tal vez alguien parecido.

Pensé eso —dijo inclinándose apenas hacia ella—.

—Entonces vi su rostro.

—Ni una sola arruga.

La mujer no respondió de inmediato. Por primera vez desde que había comenzado la conversación, parecía no encontrar una forma cómoda de sostener la realidad.

—Eso es imposible.

Él apoyó ambas manos sobre la mesa.

—La imposibilidad es una opinión muy cómoda... hasta que te ocurre.

El camarero pasó nuevamente cerca de ellos. Esta vez el hombre observó distraídamente el vapor que ascendía desde la taza recién servida, como si en aquella forma incierta todavía pudiera distinguir algo.

—¿Qué hiciste? —preguntó ella en voz baja.

Él sonrió apenas, pero aquella sonrisa ya no tenía ironía. Solo cansancio.

—Lo mismo que posiblemente habría hecho cualquiera.

—La seguí.

Miró nostálgicamente hacia la calle, como si todavía pudiera verla alejándose entre la lluvia y las luces húmedas del boulevard; desdibujándose poco a poco... inalcanzable.

Entonces bajó lentamente la mirada.

—Y todo comenzó mucho antes de lo que imaginas...

La carta llegó antes de que el sol alcanzara el rocío del jardín.

Nadie vio al hombre que la dejó, aunque la anciana de la casa contigua juraría más tarde haber escuchado pasos frente al portón. No vio al emisario, pero lo sintió: una presencia breve, contenida, como alguien que sabe exactamente cuánto tiempo puede ocupar un espacio sin ser recordado.

Los canarios en la ventana dejaron de cantar durante unos segundos. Uno de los perros del vecindario levantó la cabeza y soltó un ladrido seco, aislado, que no encontró respuesta. Luego, todo volvió a su curso habitual, como si nada hubiera pasado.

Cuando Clara, ya arreglada, bajó a la sala, la carta estaba sobre la mesa.

Ahí, reposando.

Como si hubiera sido parte de la casa desde mucho antes.

El sobre era blanco, limpio, demasiado limpio. No tenía sello, ni remitente, ni marca de envío. Solo tres palabras escritas en el centro, con tinta firme:

"Hoy me conocerás."

Clara la sostuvo entre los dedos con una curiosidad ligera, casi divertida. Pensó en publicidad, en alguna

campana mal ejecutada, en un error de dirección y sonrió.

Antes de abrirla, se dirigió al comedor, donde el desayuno la esperaba: café aún humeante, pan tostado y una fina capa de mermelada que comenzaba a deslizarse por los bordes.

Se sentó tomando un primer bocado. Luego otro. Pero su atención no permanecía en el desayuno. La carta reposaba junto a la taza de porcelana como si tuviera un peso distinto al del papel ordinario. No tardó en notarlo.

—¿Quién la trajo?

La criada, que terminaba de acomodar discretamente una bandeja auxiliar, levantó la vista.

—No lo sé con certeza, señora.

—¿Cómo que no lo sabe?

Hubo una vacilación.

—No era un mensajero habitual.

Ella dejó lentamente la taza sobre el platillo.

—¿Entonces?

—Simplemente apareció.

—Eso no responde mi pregunta.

La joven apretó las manos delante del delantal.

—Yo abrí la puerta, señora. El hombre ya estaba allí.

—¿Qué hombre?

—El que dejó la carta.

—¿Y quién era?

—No lo sé.

—¿Lo había visto antes?

—Nunca.

Ella inclinó ligeramente la cabeza. —Descríbalo.

La criada dudó, como si ponerlo en palabras volviera más extraño el recuerdo. —Alto. Delgado. Muy correctamente vestido... aunque no sabría decir de qué época.

Ella arqueó apenas una ceja. —¿De qué época?

—Sí, señora, bajando la mirada. —Es una tontería.

—Dígalo.

La criada respiró hondo antes de responder. — Parecía alguien salido de un retrato antiguo.

La habitación quedó en silencio. Afuera, el jardín aún conservaba gotas suspendidas sobre los rosales, inmóviles bajo la luz fría de la mañana.

—¿Dijo algo?

—Muy poco.

—¿Qué exactamente?

La joven tragó saliva. —Preguntó si la carta sería entregada en sus manos.

—¿Y?

—Le dije que sí.

—¿Entonces?

—Me miró... de una forma extraña. Ella entrecerró apenas los ojos.

—¿Extraña cómo?

—Como si ya supiera que usted la leería.

Clara apartó lentamente el plato.

—¿Eso es todo?

La criada vaciló una última vez. —No, señora.

—Continúe.

—Cuando cerré la puerta... fui casi de inmediato hacia la ventana.

—¿Y?

—Él ya no estaba.

—¿Había doblado la esquina?

—No, señora.

—Simplemente... ya no estaba.

Clara sostuvo la carta entre los dedos. El sobre era grueso. El papel, inusualmente fino. Sin remitente. Sin sello visible. Solo su nombre escrito con una

caligrafía precisa, elegante... y extrañamente familiar.

Entonces, casi sin pensarlo, abrió el sobre.

Dentro reposaba una sola hoja. La fecha estaba en la parte superior. Extrañada, la leyó dos veces. Luego una tercera. No tenía sentido. Era mañana.

Sintió una leve incomodidad; no miedo todavía, pero sí una grieta, algo que no terminaba de encajar en la lógica simple del día. Aun así, comenzó a leer.

“Posiblemente vas a dudar de esto.”

Clara soltó una risa breve.

“Vas a sonreír y pensar que es una broma. O un error.”

La sonrisa desapareció lentamente.

“Pero la curiosidad te impulsará a seguir leyendo.”

Clara bajó la hoja y miró alrededor. La casa estaba igual. La luz entraba como siempre por la ventana. El reloj seguía marcando las horas sin alteración. Y, sin embargo, algo ya no estaba del todo en su lugar.

Volvió a leer.

“Hoy, a las 6:40 de la tarde, vas a salir.”

Miró el reloj.

10:12 a.m.

“Vas a pensar en no hacerlo. Pero lo harás igual.”

Sintió un nudo leve en el estómago.

“Vas a llevar las llaves en la mano. No en el bolso.”

Sin darse cuenta, miró las llaves sobre la mesa.

“Y sin saber por qué, vas a detenerte antes de cruzar la calle.”

El pulso se le alteró apenas.

“Y con alguien vas a encontrarte.”

Clara se detuvo. No era una advertencia. Era otra cosa.

“Y aunque no lo conoces... él sí te reconocerá.”

La hoja tembló ligeramente entre sus dedos.

“Va a decir tu nombre antes de que puedas preguntar el suyo.”

Clara sintió el primer rastro real de miedo... mezclado con algo mucho más difícil de nombrar. Sus dedos temblaron apenas sobre el papel.

Continuó leyendo.

“Y vas a sentir que ya lo has amado.”

Se detuvo.

El aire pareció volverse más denso.

Siguió leyendo.

“No como se ama una posibilidad, ni como se desea un rostro recién descubierto.”

“Lo reconocerás de otra manera.”

“En el roce involuntario de unas manos que permanecerán un segundo más de lo necesario.”

“En el calor absurdo que subirá a tus mejillas sin motivo aparente.”

“En esa sonrisa contenida que ninguno de los dos sabrá explicar.”

“En el silencio cómodo entre palabras que apenas comienzan.”

“En la certeza irracional de que ya conoces el sonido de su risa.”

“En la sensación insoportable de haber esperado ese rostro durante años sin saberlo.”

Clara dejó de respirar por un instante.

Sus ojos avanzaban sobre las líneas, pero algo dentro de ella comenzaba a retroceder hacia un lugar desconocido.

“Sentirás que ya caminaste con él bajo una lluvia leve.”

“Que alguna vez sus dedos apartaron un mechón de tu cabello con una ternura imposible de fingir.”

“Que reíste con él en una habitación iluminada por velas.”

“Que compartiste secretos que ya no recuerdas.”

“Que hiciste promesas imprudentes.”

“Promesas de esas que solo se hacen cuando se cree que el tiempo no podrá tocar a los enamorados.”

Sus labios se separaron apenas.

“Y cuando él te mire... no será el inicio.”

“Ese será precisamente el problema.”

“Se sentirá como un regreso.”

Clara apretó la carta entre los dedos. Un estremecimiento lento le recorrió la espalda.

“Porque el amor más peligroso no siempre comienza.”

“A veces... simplemente vuelve.”

El aire cambió. No en la habitación. En ella.

Algo invisible pareció desplazarse lentamente bajo su piel, como si ciertas palabras hubieran encontrado un lugar antiguo donde permanecer dormidas.

Volvió a leer.

“Como si ese encuentro no fuera el inicio... sino el recuerdo de algo que ya había ocurrido.”

Clara dejó lentamente la carta sobre la mesa. No supo cuánto tiempo pasó después de eso.

La mañana se deshizo sin forma precisa. El resto del día transcurrió bajo una sensación extraña de irrealdad, como si cada hora estuviera ocurriendo apenas detrás de otra más antigua. Escuchó música de fondo sin realmente oírla. Ordenó libros y pequeños objetos sin motivo alguno. Caminó varias veces por la casa intentando organizar pensamientos que no terminaban de cerrarse. Cada gesto parecía contener un eco; una repetición sutil, casi imperceptible, como si no estuviera viviendo aquel día por primera vez... sino recordándolo mientras ocurría.

A veces se detenía abruptamente. Con la sensación absurda de haber estado exactamente en esa misma posición antes.

La misma luz entrando por la ventana. La misma canción sonando a lo lejos. La misma inquietud. Como un recuerdo intentando emerger desde un lugar que su mente todavía no conseguía alcanzar.

A las 6:12 volvió a sentarse frente a la carta.

La observó largo rato. Podía no salir. Podía romperla. Podía fingir que nada de aquello estaba ocurriendo.

Y, sin embargo, incluso esa posibilidad parecía falsa. Como si la decisión ya hubiese sido tomada mucho antes de que ella creyera estar pensándola.

Entonces se levantó mecánicamente. Tomó las llaves en la mano. No en el bolso. Exactamente como la carta había dicho.

A las 6:39 estaba frente a la puerta, dudando apenas un instante. Luego abrió.

El aire de la tarde era frío. Normal. La calle estaba tranquila y también normal. Un automóvil pasó a lo lejos. Alguien cerró una ventana en el edificio contiguo. Nada parecía distinto.

Y aun así... Clara sintió la incómoda impresión de que la ciudad entera estaba conteniendo la respiración.

Comenzó a caminar. Un paso. Luego otro. El sonido de sus zapatos sobre la acera húmeda le resultó extrañamente familiar.

Entonces, sin saber por qué, se detuvo justo antes de cruzar la calle.

Una caravana mortuoria pasó a su lado lentamente. Tan lentamente que Clara tuvo la absurda impresión de que avanzaba a través de una sustancia más espesa que el aire.

Unos segundos antes aquel espacio había estado vacío. Lo sabía. Lo habría jurado.

No miró de inmediato. Algo en ella se resistió. Como si el cuerpo comprendiera antes que la mente que ciertas visiones no deben aceptarse demasiado pronto.

Pero una fuerza extraña —mezcla de inquietud, curiosidad y una forma primitiva de reconocimiento— la obligó a volver lentamente la cabeza.

El vehículo avanzaba con una solemnidad casi antinatural. Oscuro. Pulido. Silencioso.

No había ruido de motor que pudiera recordar. Solo ese desplazamiento contenido, como si la ciudad, por cortesía o temor, hubiese apartado el sonido a su paso.

El vidrio lateral atrapó fugazmente su reflejo. Y durante un segundo imposible, Clara vio dos rostros coexistiendo en la misma superficie.

El suyo y otro dentro.

Su respiración se detuvo.

No distinguió completamente el cuerpo recostado. Apenas fragmentos. La línea parcial de un rostro. Una frente inmóvil. La curva silenciosa de una mejilla. La insinuación de unas manos entrelazadas sobre el pecho.

Pero algo en aquella figura le provocó un estremecimiento brutal.

No era una familiaridad ordinaria. No era la simple sensación de haber visto antes a alguien parecido.

Era peor.

Mucho peor.

Era reconocimiento sin memoria.

Como si una parte remota de sí misma supiera exactamente quién yacía allí... mientras el resto de su cuerpo se negaba desesperadamente a admitirlo.

Sintió frío. Un frío fino e interno, ajeno al clima.

Porque durante un instante absurdo e insoportable tuvo la sensación de no estar observando a alguien que había muerto... sino a alguien que aún no lo había hecho.

Sus dedos perdieron fuerza alrededor del bolso.

Una punzada le atravesó el pecho. No de dolor sino algo más extraño. Una nostalgia repentina por algo que —pensaba— jamás había vivido.

Una pérdida sin origen. Una ausencia sin historia.

Y entonces ocurrió lo más inquietante de todo. Sintió el impulso irracional de correr tras el vehículo. De detenerlo. De mirar más de cerca. Como si necesitara confirmar algo antes de que desapareciera para siempre.

Pero sus pies no respondieron, quedándose inmóvil.

Prisionera de una intuición que no sabía nombrar.

Entonces escuchó un sonido. No fue estridente. No fue abrupto.

Fue pequeño. Casi íntimo. El leve tintinear de una campanilla.

Detrás de ella. Como si alguien acabara de abrir una puerta.

Fue... definitivo. Y luego, silencio.

Clara no se movió. No por miedo, sino por comprensión.

Como si una parte silenciosa y antigua de sí misma hubiera entendido, antes que el resto, que aquel instante —de algún modo imposible— había estado aguardándola.

Entonces lo vio.

Al otro lado de la calle.

Esperándola.

Bajo la marquesina de una pequeña librería cuyo aviso, descascarado por la lluvia y el tiempo, apenas dejaba distinguir algunas letras doradas.

El cielo comenzaba a cerrarse en un gris húmedo. Las farolas acababan de encender con esa luz tenue y melancólica que no ilumina del todo, pero transforma todo lo que toca. Un vendedor ambulante recogía apresuradamente sus flores. Un automóvil distante cruzó dejando un reflejo líquido sobre los

adoquines mojados. Y, sin embargo, el resto del mundo parecía extrañamente desenfocado.

Como si la ciudad hubiese decidido retirarse unos pasos.

Él permanecía inmóvil.

No hizo gesto alguno.

No levantó la mano.

No sonrió.

Solo la observaba.

Alto, delgado y vestido con una sobriedad que no pertenecía enteramente a aquella época. Abrigo oscuro, impecablemente cortado. Guantes. El cuello de la camisa demasiado preciso. Una presencia que evocaba otro tiempo sin caer en la caricatura.

Había en él una elegancia natural... pero también algo indefiniblemente funerario.

No lúgubre.

Peor.

Sereno.

Clara sintió un estremecimiento, porque por un instante creyó reconocer en la línea de su perfil algo del rostro entrevisto en el carruaje mortuario.

La misma quietud imposible.

La misma geometría del rostro.

La misma perturbadora ausencia de urgencia.

Tragó saliva.

No.

Eso no podía ser.

Y, sin embargo... Algo dentro de ella vaciló.

Una imagen cruzó su mente. Tan rápida que no supo si era recuerdo o imaginación.

Una mano masculina cerrándose sobre la suya dentro de un carruaje iluminado apenas por velas. Un anillo oscuro. El aroma de cuero húmedo. Una risa baja pronunciando su nombre muy cerca del oído.

Clara parpadeó.

Todo desapareció.

Su respiración se alteró.

Otra imagen apareció.

Un andén.

Lluvia.

Dedos entrelazándose con urgencia.

Y una despedida.

¿Una despedida?

No.

No podía estar recordando algo que jamás había vivido.

Y, sin embargo, el cuerpo insistía.

Su pecho se tensó con una emoción incomprensible.

Miedo.

Sí.

Pero no solo miedo.

Anhelo.

Pérdida.

La absurda nostalgia de algo que aún no ha sucedido.

Entonces él inclinó apenas la cabeza.

Un gesto mínimo.

Cortés e íntimo.

Terriblemente familiar.

Y en ese instante Clara sintió algo profundo y antiguo. Como si su cuerpo lo reconociera antes que su mente.

Como si el alma —si tal cosa existía— hubiera pronunciado su nombre mucho antes de que ella pudiera recordarlo.

El hombre dio un paso. —Clara.

Su nombre, Sin dudar. Sin error.

Ella no se atrevió a responder. No podía.

—Pensé que esta vez no vendrías —dijo él con una leve sonrisa.

Esta vez.

La expresión quedó suspendida entre ambos como algo demasiado antiguo para pertenecer a aquel instante.

Clara sintió un vértigo suave.

No de caída, sino de repetición.

El hombre se acercó un poco más. La lluvia parecía deslizarse lentamente detrás de él, como si incluso el tiempo hubiera comenzado a moverse de otra manera.

—Siempre dudas en esta parte.

Clara retrocedió apenas.

—¿Quién eres?

El hombre la observó con una tristeza tranquila. No parecía sorprendido por la pregunta. Parecía cansado de escucharla.

—Eso siempre lo preguntas después.

El tiempo pareció comprimirse.

El sonido distante de la ciudad. La lluvia. Las luces húmedas del boulevard. Todo comenzó a sentirse extrañamente lejano.

—Pero no importa —continuó él en voz baja—.

Clara sintió que algo dentro de ella se desplazaba.

No era exactamente un recuerdo.

Era peor. Una certeza incompleta.

Como una puerta apenas entreabierta en algún lugar de su mente.

—¿Volver a qué?

El hombre dudó.

Como si elegir las palabras fuera, en sí mismo, una pérdida.

Entonces la miró de una forma que Clara no supo soportar del todo.

Con ternura. Con cansancio. Con la tristeza íntima de alguien que ya había visto partir a la misma persona demasiadas veces.

—A mí.

El viento volvió a levantarse. No con violencia. Con intención. Como si una respiración enorme hubiera descendido lentamente sobre la calle. Las hojas

húmedas comenzaron a girar alrededor de los pies de Clara en espirales indecisas. La tarde perdió contornos. El ruido de la ciudad se volvió distante. Espeso. Como escuchado a través del agua.

A esas alturas, la caravana mortuoria ya se alejaba. Los vehículos, reducidos a formas oscuras, se deslizaban hacia el fondo de la avenida, absorbidos poco a poco por la llovizna.

Y entonces lo vio.

Al otro lado de la calle, esperándola bajo la marquesina de una librería antigua cuyo aviso, oscurecido por la lluvia y el tiempo, apenas dejaba distinguir algunas letras doradas. Permanecía inmóvil. La figura alta. El abrigo oscuro. La postura exacta de quien no espera un encuentro... sino un regreso.

Clara sintió un golpe extraño en el pecho.

No miedo. Reconocimiento.

Entonces ocurrió algo imposible.

Más allá del hombre, en la acera opuesta, había una mujer quieta observando la escena. No parecía una transeúnte. No caminaba. No reaccionaba al frío. Solo miraba.

Clara entrecerró lentamente los ojos.

El aire pareció comprimirse. El rostro. La postura. La forma en que sostenía la mano izquierda. El abrigo.

No... No. No podía ser. Era ella.

Ella misma. Más pálida. Más quieta. Como si hubiese esperado demasiado tiempo.

Clara dio un paso involuntario hacia adelante y, en ese preciso instante, un autobús cruzó entre ambas. Un segundo. Tal vez menos.

Cuando miró nuevamente, había desaparecido...

la otra Clara ya no estaba.

Solo él.

Esperándola.

Como si nada hubiera ocurrido.

Y detrás de su hombro, suspendido en un punto imposible del aire, vio un colibrí de cola larga que permanecía inmóvil, mirándola.

Clara instintivamente dio un paso atrás. Y en ese instante, algo dentro de ella eligió.

No con palabras ni con lógica, sino con una certeza instintiva, abrupta y animal.

No cruzar.

Negándose tercamente a entender.

Negándose, quizá, a recordar.

Alzó lentamente la mirada. Al otro lado de la calle, donde segundos antes creyó ver aquella otra figura inmóvil, ya no había nadie.

O quizá nunca la hubo.

Y entonces Clara comprendió algo imposible.

La sensación no vino como pensamiento, sino como pérdida. Como si acabara de abandonar una vida entera que, de algún modo extraño, también le hubiese pertenecido alguna vez.

Retrocedió otro paso.

El hombre no la siguió. No insistió. Solo la observó con una tristeza serena, como quien ya conoce esa elección; como quien ya la ha visto ocurrir antes.

Entonces habló, muy bajo, casi con ternura.

—Otra vez.

Clara sintió que algo dentro de ella terminaba de quebrarse. Negándose a seguir. Negándose a entender.

Giró lentamente y comenzó a desandar los pasos bajo la llovizna, mientras el ruido distante de la

ciudad parecía regresar poco a poco, como si el mundo hubiese esperado a que ella eligiera.

No volvió a mirar atrás.

Cuando llegó a la casa, cerró la puerta y permaneció unos segundos apoyada contra ella, respirando con dificultad.

Extrañamente, la carta seguía abierta sobre la mesa.

Como si no hubiese permanecido allí durante horas...

sino esperándola.

Clara avanzó lentamente por la habitación. Sus manos aún temblaban cuando tomó nuevamente la hoja. El silencio de la casa resultaba distinto ahora. Más estrecho. Más atento.

La releyó con respiración entrecortada.

Al final, donde antes no había nada, había aparecido una nueva línea.

No tinta fresca.

No una escritura emergiendo ante sus ojos.

No.

Como si siempre hubiese estado allí, esperando ser leída en el momento correcto.

“¿Por qué esta vez no te quedaste?”

Clara sintió que el aire abandonaba lentamente sus pulmones.

Debajo apareció otra línea.

Más pequeña.

Más íntima.

“Pero volverás a leer esto.”

Sus dedos comenzaron a temblar.

Entonces lo notó.

No fue inmediato.

Fue peor.

Gradual.

Como reconocer lentamente un rostro amado entre una multitud.

La inclinación de ciertas letras.

La presión irregular en los trazos descendentes.

La forma exacta de cerrar la “s”.

Ese pequeño gesto involuntario al unir algunas palabras.

Clara tragó saliva.

No.

Se acercó más a la lámpara.

Comparó la nota con su propia firma en un sobre cercano.

El mismo pulso. La misma mano.

Retrocedió. No podía ser.

Sintió un vértigo seco, como si el suelo hubiera olvidado sostenerla.

Debajo de la segunda línea, casi imperceptible, descubrió una tercera.

Tan tenue que parecía escrita con vacilación.

Como una confesión.

“Yo lo intenté también.”

Clara dejó escapar un sonido que no alcanzó a convertirse en voz.

Y debajo... una última línea.

Esta vez inequívoca.

“Con amor,”

Pausa...

“Clara.”

La hoja resbaló lentamente de sus manos.

El reloj marcaba las 6:45.

Decidida a no seguir. Negándose a entender. Negándose, quizá, a recordar. Y, por primera vez en todo el día, no supo qué iba a pasar después.

Pero sí entendió algo.

El futuro no estaba escrito. Y, sin saber cómo, se estaba repitiendo.

Un leve zumbido interrumpió el silencio.

Clara alzó lentamente la mirada.

En el borde de la ventana, apenas sostenido en el aire, un colibrí de cola larga permanecía inmóvil.

Como si no hubiera llegado volando... sino que hubiera estado ahí desde siempre.

De pronto, el colibrí giró y desapareció.

Clara no se movió.

Pero intuyó que, en algún lugar... él ya la estaba esperando otra vez.

FIN





Gracias por haber cruzado este umbral

Si deseas ayudar a que nuevos relatos
sigan naciendo,
puedes apoyar este proyecto aquí.

Haz clic aquí para apoyar este proyecto ➤

Gracias por leer, escuchar
y acompañar este proyecto.

No todas las historias ocurren en el tiempo correcto.

La siguiente tampoco.

Y cuando lo notes... ya será tarde.

© 2026 Guillermo Isaza Fiscó
Todos los derechos reservados
Prohibida reproducción total o parcial sin
autorización